Pío Baroja tras las huellas de su apellido

ÁNGEL MARTÍNEZ SALAZAR

Casa y familia son dos soportes sobre los que se sustentaba la sociedad tradicional vasca. En los cuentos y novelas barojianas aparecen las siluetas de labradores, pero lo hacen como realidad casi implícita, como elemento de trasfondo en el que irá situando personajes que le resultan más cercanos o expresivos. La imagen que nos ofrece es rica en matices y componentes: le interesan el caserío y la aldea, la venta y el tráfago urbano, también le llaman la atención los *kaletarrak*, esos habitantes de las villas rurales: médicos, posaderas, menestrales... Su visión del ámbito agrario está abierta a la pluralidad de sus componentes, con lo que el *baserritar* (casero, aldeano) queda relegado a un plano secundario (1).

Corre la década de los años treinta. Fernando de la Quadra-Salcedo persistía en su labor de ennoblecer a las personas capaces de remunerar con largueza sus pesquisas genealógicas. De tal suerte que Cansinos-Asséns no duda, con espléndida ironía, en comentar: "Dentro de poco, no quedará en Bilbao ningún rico sin su blasón y su árbol." El investigador vizcaíno era el primero, naturalmente, en entretenerse con sus crédulos clientes. Alguna vez don Rafael solía encontrárselo en el Rastro madrileño, acarreando cuadros horribles con marcos chabacanos: retratos de aristócratas de flamante oropel y menguada plata, militarotes de bigote lacio y mal encarados, y orondos y redondos prelados de la época de Maricastaña:

-¿Qué hace usted, amigo Quadra?

-Él guiña un ojo, y sonríe:

-Ya ve usted... buscando antepasados (2).

(1) URRUTIKOETXEA, Josetxo. "El mundo rural vasco en Pío Baroja: afectos, añoranzas, distancia (Una mirada histórica)."En *Reelección de Pío Baroja*, Zarauz, Bermingham, 1996, p. 205.

(2) CANSINOS-ASSÉNS, R. *La novela de un literato, 3*. Madrid, Alianza Tres, 1995, p. 315-316.

Sancho el Sabio, 15, 2001, 139-156

Si Quadra-Salcedo era un genealogista de fuste o un tanto cara dura, aquí nada importa. Ya la *Biblia* indica que Dios nos hizo a su imagen, de modo que pintar retratos sería, en sentido metafórico, emular al creador mismo. Pero observando ciertos cuadros bien pudiera pensarse que algunos orbanejas despreciaran los encargos. Parece que los pintaban sólo por necesidad, para ganarse el sustento. Es como si la nobleza, la jerarquía eclesiástica y la alta burguesía no encargase nada más. Se trataba de gentes filisteas que no estaban dispuestas a pagar dinero salvo por fotografías de ellos mismos..., y de los suyos.

Sabemos que Quadra tampoco necesitaba una gran maceta para reimplantar linajudos esquejes. Al tuercebotas Díaz lo emparentaba por arte de birlibirloque con el mismísimo *Cid Campeador* en un dos por cuatro, y al López de enfrente lo hacía descender en línea directa del canciller Ayala e incluso -por unos duros más- de Diego López de Haro. Mucho antes de Internet, *Clarin*, nos recuerda que don Saturnino juraba custodiar documentos que probaban al versado en genealogía y en blasones venirle el Bermúdez del rey Bermudo (3). Todo por aquello de la limpieza de sangre y nobleza para pegarse el moco y desprenderse de cantarín sambenito, se trataba de haber sido y *ser* (cuando no *aparentar*, por seguir a Karl Kraus) originarios, hijosdalgo, infanzones, cristianos viejos, puros y de inmaculada sangre, sin que en sus respectivas familias hubiera habido "mezcla ni rumor" de judíos ni penitenciados por el santo capricho de la Inquisición, recién atocinados, moros ni otra "secta" reprobada...

El noble encartado le preguntó cierto día a Baroja:

-¿Usted tiene el segundo apellido italiano?

-Sí.

-A continuación, le dijo:

-Eso de tener parentesco con príncipes italianos está bien.

De lombardo común a hijo de rey, para Quadra-Salcedo, que era otra suerte de *Merlín de los papeles* y sabía un rato largo de cuestiones heráldicas, no había más que un trecho, eso sí, bien corto. Lizardi es un personaje de *La sensualidad pervertida* que había ensayado en las ciencias y en las artes hasta llegar a ser varón instruido. Trabajaba pintando antepasados fantásticos para acaudalados indianos con traje de oidores o capitanes generales, les ponía escudos aparatosos e inscripciones sugerentes y les daba a los lienzos o a las tablas cierta patina y unas resquebrajaduras que las dejaban con un aspecto viejísimo. Es como si el ideal de belleza de ciertos recién llegados consistiera en cubrir todo con macizas capas de pintura dorada.

Intuimos que espulgar genealogías con remotas frondosidades, a las que tan aficionados somos por estos lares, se reduce a descubrir la existencia final de linajes ilustres en las figuras de Adán y Eva. Fuera

(3) *CLARÍN* (Leopoldo Alas). *La Regenta*. Madrid, Alianza, 1980, p. 20.

de este hallazgo bíblico e incontrovertible, como escribiese un memorialista de alcance en un memorable texto autobiográfico, las arborescencias y frondosidades de los troncos materno y paterno no suelen prolongarse a ese limbo original conocido por la noche de los tiempos (4). Al abate Iharce de Bidassouet, se le atribuye el siguiente chascarrillo que luego prolijamente ha sido reproducido. Un príncipe de Rohan, que estaba restaurando un vetusto castillo, pidió a su vecino unos pedruscos que había en su propiedad. El campesino se los negó; y en la discusión el noble sentenció:

-Sabed que los Rohan datamos del siglo once.

Entonces, el lugareño, ufano, replica:

-Pues, nosotros, los vascos, no datamos.

EL LUGAR DE BAROJA

La historia medieval de Peñacerrada, Payueta, Faido, Lorza, Zumento, Baroja y Pipaón, estuvo condicionada por el hecho de haber sido una zona fronteriza. En un principio entre el influjo asturleonés y pamplonés y, en un segundo período, entre la monarquía navarra y la castellana. En la villa alavesa de Peñacerrada, todavía hoy, se conservan restos de muralla y una puerta impresionante, restaurada, la que se asoma al sur. El único edificio religioso situado dentro de sus seculares muros es Santa María, con pórtico de estilo gótico. Aquí nació el ilustrado Lorenzo Prestamero Sodupe, cicerone del hermano de Alexander von Humboldt (5) y autor de una *Guía de Forasteros en Vitoria por lo respectivo á las tres bellas artes...* (Vitoria, Baltasar Manteli, 1792).

Otrora se conocía a las personas por el nombre de pila seguido del solar donde radicaba el tronco de su linaje. Después fueron fijándose los apellidos compuestos a base de un *antiguo patronímico* que pierde la función prístina para convertirse en una especie de epónimo (que no cambia en cada generación) y un nombre de lugar. A partir del siglo XVIII, en ciertas regiones, empezó a abandonarse el sistema compuesto, de suerte que se empleó como apellido el nombre de lugar o solar tan sólo, o, al revés, el viejo patronímico. Álava ha sido el territorio donde más se han conservado los apellidos compuestos: Álvarez de Arcaya, Díaz de Garayo, Fernández de Cacho, Gómez de Valdugera, Ibáñez de Betolaza, López de Alaña, Martínez de Lahidalga, Ortíz de Zárate, Pérez de Anda, Ruiz de Garibai, Sáenz de Laguardia...

Originariamente, los antepasados del donostiarra Pío Inocencio se denominaban Martínez de Baroja o *Baroxa*. Un tal Martín tuvo un hijo que se apellidó Martínez. Este humilde labrador salió, al parecer, del

(4) GOYTISOLO, J. *Coto vedado*. Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 9.
(5) HUMBOLDT, Wilhelm von. *Diario de viaje a España, 1799-1800*. Madrid, Cátedra, 1998, p. 55-58.

pueblo homónimo, y como entonces "parece que" se conocían casi todos, le distinguieron como Martínez "el de Baroja" o Martínez "de Baroja." Sus descendientes moraron durante generaciones en los alrededores. Eran cristianos viejos, con mugre en el cuerpo y callos en las manos pero de límpida sangre, hidalgos de medio pelo, modestos y seculares destripaterrones.

El primer individuo de la familia de quien tenemos noticias de modo indubitado es Juan Martínez de Baroja, vecino de la localidad riojana de Hormilla, muy próxima a Nájera, que sacó ejecutoria de hidalguía, para cambiar de residencia, el año de 1516. Pocos lustros más tarde, un tal Juan Martínez de Baroja -¿el mismo?- era regidor de la villa alavesa de Peñacerrada. Otro Juan, que vivía en el lugarejo de Samiano (6), molesto porque le querían hacer pagar contribuciones a un conde venido a menos, reclamó contra el fiscal de su majestad, alcaldes y regidores del condado de Treviño, y la Sala de Hijosdalgo de la Real Chancillería vallisoletana le amparó, dándole la razón, en el mes de agosto de 1619.

Los Martínez de Baroja

I.- **Juan MARTíNEZ DE BAROJ A** Vecino de Hormilla (La Rioja)
II.- **Juan MARTíNEZ DE BAROJ A** Vecino de Baroja (Álava)
III.- **Pedro MARTíNEZ DE BAROJ A** Natural de Baroja
IV.- **Juan MARTíNEZ DE BAROJ A** Natural de Baroja
Sacó ejecutoria hidalguía, 1619, para avecindarse en Samiano (Treviño)
V.- **Juan MARTíNEZ DE BAROJ A** Natural de Samiano
VI.- **Juan MARTíNEZ DE BAROJ A** Natural de Samiano
Casó con Magdalena de URARTE
VII.- **Francisco MARTíNEZ DE BAROJ A** y **URARTE**
(Samiano, 15.02.1667)
Casó en 1688 con Francisca RODRÍGUEZ y CORTAZAR
VIII. **Francisco MARTíNEZ DE BAROJ A** y **RODRíGUEZ**
(Samiano, 20.04.1701)
Casó en Payueta (Álava) en 1721 con Águeda de PINEDO y FERNÁNDEZ
IX.- **Francisco MARTíNEZ DE BAROJ A** y **PINEDO**
(Payueta, 4.10.1735)
Casó en Haro (La Rioja) en 1755 con Francisca de BELLOGUíN y BELLOGUíN
X. **Rafael MARTíNEZ DE BAROJ A** y **BELLOGUíN**
(Haro, 22.10.1770)
Sacó ejecutoria de hidalguía para residir en Oiartzun (Guipúzcoa).

(6) Pueblo del condado de Treviño, casi a mitad de camino entre las villas de Treviño y Peñacerrada, situado en un llano al pie de un pequeño monte, aparece Samiano en el catálogo de los pueblos de San Millán, en 1025, con el nombre de *Sancti Meiano* y ya con el de *Sameano* en la nómina calagurritana de 1257; formas posteriores son: *Ssant Meano* en 1325 y *Sameano* en 1630.

XI.- **Pío BAROJA** y **ARRIETA** (Oiartzun, 1808)
Casó con Concepción ZORNOZA e IZAGUIRRE
XII.- **Serafín BAROJA** y **ZORNOZA** (San Sebastián, 1840)
Casó con Carmen NESSI y GOÑI
XIII.- **Pío Inocencio BAROJA** y **NESSI** (San Sebastián, 28.12.1872)

Fuente: Elaboración propia.

Aquellos Martínez de Baroja debían de ser gente un tanto modesta, labradores muy humildes. Más tarde, algunos de sus miembros ingresaron en la cofradía de San Martín de los hidalgos de Peñacerrada (7), que, en la época fue considerada una congregación seria, y eran regidores de la santa Hermandad. Francisco Martínez de Baroja y Pinedo, natural del lugar de Payueta donde había nacido el 4 de octubre de 1735, era hijo de Francisco Martínez de Baroja y Rodríguez y nieto de Francisco Martínez de Baroja y Urarte, tuvo como descendiente a Rafael María, natural de la villa riojana de Haro, donde vino al mundo el 22 de octubre de 1770 (8).

Este último, Martínez de *Baroxa* y *Velloguin* (Bellojin, Bellogin) (9), era algo emprendedor, más inquieto que otros del mismo linaje, y pasó a avecindarse en la villa guipuzcoana de Oiartzun, como mancebo u hortera en la botica de Arrieta. Pronto acortaría el apellido para deshacerse del epónimo (10). Quizá todavía hoy, en la escalera-recibidor de Itzea (Bera de Bidasoa, Navarra), en la puerta a la cocina, se encuentre un plato con la leyenda: "Sirve al licenciado [¿?] Don Rafael Martínez de Baroja.(11)" Y lleva pintado en su centro el roble y dos lobos con una mano cortada en sus bocas. ¡Qué tremendos debían de ser aquellos *arabarras* transplantados en la tierra guipuzcoana!

Rafael María de Baroja, casi asimilado a farmacéutico por vía matrimonial, hombre de gustos contemporáneos y también enamora-

---

(7) En Peñacerrada y sus aldeas, como sucedía en otros lugares de Álava, la población se distinguía socialmente por la posesión o no del título de hidalguía. Esto último llevaba implícito la exención de determinados tributos y la celebración de reuniones separadas para defender sus intereses, si bien los hidalgos colaboraban con el resto de los labradores pecheros en aquellos casos considerados básicos para el conjunto de los habitantes: defensa de los términos, reparación de puentes y fuentes, etc.
En la relación nominal de los hidalgos de Peñacerrada cofrades de San Martín de 1551 figura un tal Julián de Baroja. En 1594 los hidalgos de Peñacerrada eran 40, los de Payueta 49, los de Baroja 12, etc.
(8) Por esa época nos encontramos con el presbítero de Vitoria y Pipaón Juan José Martinez de Baroja, miembro de la Real Sociedad *Bascongada* de los Amigos del País, que tantas mentes preclaras y avances de todo tipo aportó en ambas orillas del Atlántico y Filipinas.
(9) Hijo legítimo de Francisco Antonio Martínez de Baroja, vecino de Haro, y de Francisca de *Velloguin* y *Velloguin*, natural y vecina de la misma villa riojana.
(10) En 1803, al contraer matrimonio con la hija del dueño, se deshizo del apellido Martínez, quizá por poco decorativo e incluso por seguir la costumbre.
(11) CARO BAROJA, Julio. *Los baroja, memorias familiares*. Madrid, Taurus, 1972.

do del olor a tinta y a los caracteres de plomo, adquirió una pequeña prensa y comenzó a imprimir folletos, opúsculos y algún que otro *librito*. Abrazaba, asimismo, ideas suficientemente avanzadas para aquellos convulsos días, porque dio a la luz un impreso titulado *La Papeleta de Oyarzun* y, más tarde, *El Liberal Guipuzcoano* (1820-23). Tan inquieto personaje contribuyó a procrear dos varones, Ignacio Ramón y Pío, y una hija. Los dos primeros se establecieron en San Sebastián, siguiendo la nueva profesión del progenitor.

Pío Baroja y Arrieta, nacido en Oiartzun en 1808, mantenía cierta amistad con hombres de pluma y próceres varios que iban de visita a su casa, especialmente durante las vacaciones estivales. Acudían, entre otros literatos: Antonio Flores, Manuel Bretón de los Herreros, Estévanez Calderón, Pascual de Gayangos y Wenceslao Ayguals de Izco. El primero, en la descripción de un viaje, que hace a Pasajes (Pasaia) en compañía de Baroja, refiere cómo una batelera -garbosamente descritas por la calenturienta mente y graciosa péñola de la señora d'Aulnoy en su ficticio viaje español (12)- le reprochó a éste que más le valiera acudir con mayor frecuencia al templo. Entre los profesionales de la milicia, participaban en la tertulia Nazario Eguía, y Francisco Van Halen (13).

EN TIERRAS ALAVESAS

De resultas de un incidente que no hubiera permitido adivinarlo, Baroja tuvo ocasión de investigar sobre su primer apellido. Ramiro de Maeztu Whitney había publicado un artículo contra cierto gacetillero de apellidos compuestos. Este le desafió, y el impulsivo vitoriano nombró padrinos a Pío y a Camilo Bargiela. Como no disponía de dinero para presentarse dignamente al estúpido lance de honor, el periodista le pidió prestada cierta cantidad al donostiarra. Los días transcurrían, y queriendo saldar su deuda por un procedimiento que excluyese el desembolso pecuniario, convidó al entonces amigo a casa de una tía suya que residía en el pueblo navarro de Marañón. En Viana se toparía con un joven que le comunicó que allí vivía un señor de su apellido, que estaba perturbado y que decía tener un escudo con flores de lis, pero las gentes lo tomaban a chacota diciéndole que a ver si resultaba ser pariente remoto de los borbones. Después recordó el ambiente y algunos detalles en *El mayorazgo de Labraz.*

La primera vez que Baroja se trasladó a Peñacerrada, desde Laguardia, atravesando el puerto de Herrera, lo realizó a pie en un viaje que le sirvió para *El aprendiz de conspirador.* Estuvo alojado en una fonda ubicada extramuros de la villa riojanoalavesa. A la hora de comer encontró sentados a la mesa al juez y al médico de la localidad,

(12) AULNOY, M. *Relación del viaje de España*. Madrid, Cátedra, 2000, p. 54-55.

(13) A Juan Van Halen, el oficial aventurero dedicaría una biografía. Cuantos le conocieron en su juventud están conformes en pintarlo "como hombre inquieto, inteligente, de conversación agradable, donjuanesco, de grandes atractivos para figurar en sociedad." Ya tenemos al héroe *barojiano.*

con quienes platicó animadamente e incluso llegaría a entablar relaciones amistosas. Al recorrer las calles del lugar y visitar algunas casas con sus anfitriones, le chocó que en una obra que había publicado Pérez Galdós no señalara esta población como algo digno de mayor furor descriptivo.

> Yo noto en un libro lo que está visto y lo que no está visto. Cuando fui a La Guardia [*sic*] yo había leído hacía tiempo una novela de Galdós que se desarrolla en este pueblo, creo que titulada *De Oñate a La Granja*, y en seguida [*sic*] vi que el recuerdo que me había dado el ambiente de la novela, completamente vulgar, no se armonizaba con la impresión de esta pequeña ciudad antigua, amurallada, muy característica y con dos iglesias góticas [San Juan y Santa María], tipo de ciudad que hoy habrá muy pocas en España. Al juez y al médico del pueblo les dije:
> -Entérense ustedes de sí Galdós estuvo aquí cuando escribió su novela.
> Al cabo de poco tiempo me dijeron:
> -No; no estuvo. Nos hemos enterado. Le escribió al secretario del Ayuntamiento, que fue quien le dio los datos.

Ese sentido de ver que el cuadro no está inspirado en el original lo tiene el hombre con afición que se aparta de los lugares comunes literarios o artísticos.

Laguardia es una villa medieval, de cierta prestancia, con murallas que la rodean. "Está puesta sobre un alto. Tiene hermosos palacios antiguos, el del conde de Salazar y aquel en que murió [fue en la cercana finca de *La Escobosa*] el fabulista e ilustrado don Félix María [Sánchez de] Samaniego." La población se recorre pronto; "encerrada en sus altos paredones con sus dos hermosas iglesias, no ha podido desarrollarse, ha quedado enquistada, oprimida en sus viejas murallas de piedra. Laguardia tiene la forma de un barco con la proa hacia el norte, y la popa hacia el sur". Cinco puertas abren sus muros al exterior: las de Santa Engracia, Carnicerías, Mercado, San Juan y Paganos.

Él solía repetir que era escritor a quien gustaba escribir de cuanto había visto u oído. Las criaturas que le venían a las mientes necesitan un suelo real sobre el que asentarse. Recordemos sus ingenuos -o quizá, mejor, puntillosos- reparos al País Vasco recreado por Ramón María del Valle-Inclán (14); así como una excursión a la localidad

(14) "¿Cómo me van a divertir -se pregunta en *El escritor según él*- a mí las tres novelas de la guerra carlista que escribió Valle Inclán, que pasan en el País Vasco, sin haber estado el autor en él? [Pío nunca salió de Europa y zona de Tánger, y, sin embargo, hace alusiones a Lima o El Cairo]. Valle Inclán, que pasó algunos veranos en Elbetea y en Oieregi, utilizó el valle de Baztán como escenario de *El resplandor de la guerra* y *Gerifaltes de antaño*, y vio "mieses estremecidas y viñedos en fruto", descripción que a Baroja le sacaba de quicio.

no pudo ya soportar más y zanjó la encendida plática diciéndole que no quería continuar hablando y que quedaban rotas las relaciones amistosas. Un afamado columnista se muestra admirador del excéntrico ciudadano y un tanto sarcástico con Baroja. Preferencia de mitómano. Tiene su tono cuando manifiesta que el segundo "cuida" su árbol genealógico tanto como don Ramón, sólo que el conspicuo autor de *Luces de bohemia* prefiere inventárselo, seguir haciendo literatura.

¡ESO ES LITERATURA!

Don Pío se sabía vasco, sin temor a la esquizofrenía y porque le daba la gana. De sus ocho apellidos, entre los otros hay alguno menos grato para el legado sabiniano, cuatro son originarios de Guipúzcoa (Zornoza o *Zornotza*, Arrieta, Arrola e Izag(u)irre u *Oiartzabal*), dos navarros (Goñi y Alzate), uno alavés (Baroja) y el otro lombardo (Nessi). Presumía de que cada apellido representa la tierra donde han vivido los ascendientes de cada quisque, y, además, que todos parecen empujar con ímpetu y que cada llamada obra en el individuo con desigual intensidad. Suponiéndolo así, la resultante de las energías ancestrales que tiraban sobre él hacían que tuviera un paralelo geográfico "entre los Alpes y los Pirineos." Así pues, pegado a su peculiar Vasconia y con un injerto italiano, se sentía "archieuropeo."

Durante la primavera de 1935, mientras se documenta y toma notas para *El cura de Monleón* en la antañona Gasteiz, en compañía de Gonzalo Manso de Zuñiga (17), visitó varias localidades alavesas, riojanas y burgalesas en automóvil. Ya consagrado en la república de las letras y en vísperas de su ingreso en la Academia Española. En la citada novela aparecen preciosas -amén de precisas- descripciones de Vitoria e incluso hace alusión a la aldea de Baroja, que se erige en la sierra de Cantabria o de Toloño sobre tierra dura y fría:

> De casas pobres y míseras, a pesar de ser de fundación antigua, parecía un poblado insignificante y moderno. No había carretera hasta ella ni camino transitable. La iglesia, con una fachada nueva y vulgar de color amarillento, por dentro era gótica, con nervaduras elegantes... Los campos de alrededor parecían bastante fértiles; pero el pueblo aquel, como todos los próximos, tenía un aire pobre y miserable.

Como él no sabía manejar automóviles, Manso de Zúñiga hizo de conductor en la excursión por el Condado de Treviño, entrando al pueblo de Baroja, de donde sus antepasados habían tomado el apellido y las de Villadiego. Visitaron la parroquia y callejearon entre su diminuto caserío, bajo la atenta mirada de unos muchachos que a sus espaldas no perdían de vista a los forasteros. Esto molestó al donos-

(17) G. Manso de Zúñiga Churruca (1902-1982), luego activo miembro de la RSBAP y autor de artículos etnográficos, genealógicos, históricos...

tiarra, que llegó a pensar que les seguían creyendo que iban a robar algo, y por ello, antes de subir al coche, le preguntó a un chaval, si vivía allí algún Baroja.

-Sí -le respondió-. Así se llama el alcalde, pero no es Baroja, es *Martínez de* Baroja.

-Hombre, igual que yo ¿Y de qué partido político es?

-Pues, qué va a ser, ¡carlista!

-Bien -bromeó el visitante-, dale recuerdos de un primo suyo que es anarquista (18).

Cuando se retiraron hacia el automóvil, y al ver el joven que Manso abría la puerta para que don Pío subiese, dio un silbido y dijo gritando:

-¡Vaya, vaya anarquista y con *chaufer*!

Luego les dio la espalda y se fue para su casa, mientras los excursionistas proseguían su camino (19).

UN INGENIER O LIBERAL

Don Serafín nació en San Sebastián en 1840, era hijo de Pío Baroja Arrieta, y de Concepción Zornoza Oyarzabal (Oiartzabal), naturales de la localidad de Oiartzun. Había salido de su ciudad para estudiar la carrera de ingeniero en Madrid. Llevaba una recomendación para Pascual Madoz Ibáñez (20), lo que indicaría obvias inclinaciones liberales de la familia. Algunas mujeres de la parentela pensaron que aquel viaje podía tener repercusiones y organizaron no una, sino varias funciones religiosas para que el mozo no se descarriara en la villa y corte. Aquellas señoronas debieron ser un tanto previsoras. En la veintena había dejado de practicar la religión y el resto de su existencia discurrió entre un catolicismo lapso y el agnosticismo. Acaso los sufragios se polarizaron en evitarle otra suerte de peligros, pues fue *jatorra* de acrisolada honradez, sin más licencias advertidas que el de cargar un poco la copa de brandy después de las cuchipandas.

---

(18) Baroja no fue nunca anarquista y sí una mezcla, peculiar y confua, de liberal con ramalazos extraños, darwinista, nietscheano y schopenhaueriano. En un primigenio artículo, publicado en *Juventud*, escribe: "Yo digo que no soy anarquista (...) siento demasiado la fuerza de mis instintos egoístas para llamarme de esta manera. Soy un individualista rabioso, soy un rebelde: la sociedad me parece defectuosa porque no me permite desarrollar mis energías, nada más que por eso." Años después, en 1937, su opinión no había variado: "El anarquismo o nihilismo, que es una manifestación de descontento humano del momento, se convierte no sólo en un arma política sino en una religión doctrinaria y popular." Puede consultarse ÁLVAREZ, R. *El anarquismo en Pío Baroja*. Montevideo (Uruguay), Geminis, 1977.

(19) MANSO DE ZUÑIGA, G. "Mis recuerdos de Baroja", *Encuentros con don Pío. Homenaje a Baroja*. Madrid, Al-borak, 1979.

(20) Además de sus obras, como *el Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (Madrid, 1848-50, 16 vols.), se hace oportuno señalar su labor periodística y como representante popular.

Cuando contaba veinticinco años empezó a publicar, en la imprenta de su padre: *Los pillos de playa. Novela escrita en vascuence por Tantanfirulet, célebre tamborilero de Mizpirandienea y vertida al castellano por André Grashi*. La acción se desarrolla en la capital guipuzcoana y sus alrededores. No dejan de sorprender párrafos chocantes. Repitió el intento y, en el mismo estilo, concibió una serie de relatos que luego iba pegando en cuadernillos y que ilustraba con dibujos de su propia minerva. Un volumen de éstos, lleva el título de *Noveluchas y cuentos, sucedidos y pasatiempos de S. B. Z.* Edición ilustrada con grabados en papel. 1865. San Sebastián. Plaza Nueva, número 7. Pese a la fecha inicial, consta que hay añadidos posteriores, como unos versos satíricos, en lengua vasca, contra la carcunda, escritos durante el bombardeo de la ciudad, e incluso de antes: de cuando residiera en las minas onubenses de Río Tinto. Allí nacieron dos hijos suyos (Dario y Ricardo); allí pasó la fiebre de la *Gloriosa*.

La segunda carlistada cogió a don Serafín en la capital guipuzcoana donde fue profesor ocasional de Historia Natural en el Instituto y corresponsal de *El Tiempo*, artículos publicados póstumamente en forma de libro como *Crónica de la guerra carlista* (21). De sus cartas dirigidas al director del periódico madrileño al final de la guerra, del 10 de enero al 26 de febrero de 1876, sobre las acciones bélicas y los acontecimientos fronterizos, hizo también dibujos. Toma partido y los escritos se basan en anécdotas e impresiones de dudoso interés, pero que aportan informaciones de detalle y reflejan el entusiasmo que produjo en un sector de la población donostiarra el final de la contienda. Al parecer su ideología se exacerbó con la guerra. Perteneció a los voluntarios liberales, y, al fin, con su hermano Ricardo, se embarcó en empresitas periodísticas. El 21 de abril de 1879 veía la luz un periódico llamado *El Urumea*, en el que aparecía un folletín suyo: *Entre Madrid y San Sebastián. Amores prosaicos*. Con la edad no parece que llegase a pasar de diletante que escribe sin amparar la posibilidad de un éxito mayor que el aplauso del círculo de amistades.

Acaso su narración más expresiva es *Perico Pello de Alabaindanere* (*Apuntes para la historia de un buen apunte, escritos por él mismo en vascuence y traducidos al castellano por Serafín Baroja*). Apareció como folletín en *El Navarro*, periódico pamplonés. Se trata de un relato picaresco: le sirve de arranque una historia de cómicos, a la que siguen escenas del pronunciamiento de O'Donnell en Vicálvaro, otro relato corto intercalado y disgresiones, retruécanos, alusiones a hechos olvidados o quizá nunca conocidos más que por el autor. Todo queda en un tono festivo, costumbrista. En *El Navarro* también publicó una segunda versión de los *Amores prosaicos*. Residía en Pamplona cuando, en enero de 1883, comenzó a publicar una hoja volante lla-

(21) BAROJA, Serafín. *Crónica de la guerra carlista*. San Sebastián, Txertoa, 1986, 106 pp.

mada *Bai, Jauna, bai*, que estaba conectada con *El Navarro*, pero que era de su exclusiva cosecha. En la misma se publicaron una porción de escritos. Traducciones al euskera de poesías de Campoamor, de José Selgas, de Pedro Antonio de Alarcón, de López de Ayala; un ensayito de nomenclatura castellano-vasco-latina de los peces del Cantábrico; traducciones de fragmentos de Calderón de la Barca y de Zorrilla, el comienzo de *El lazarillo de Tormes*.

Cultivaba otras facetas. Su actividad como autor teatral y libretista. Además era músico y melómano (22). Sabía tocar el violonchelo y no había función solemne en Santa María de Donostia en la que, pese a sus creencias, no participara en alguna misa dirigida por Santesteban. Casi todos sus amigos, también. Con uno de ellos, Mariano Zuaznabar, compuso una canción en que música y letra casaban. Con otro, Santesteban hijo, colaboró en una ópera, *Pudente*; cuya música es una adaptación de melodías vascas a un estilo italiano, que al decir de Julio Caro quedaba entre Bellini y Donizetti. Su libreto "es un error de arriba a abajo." Unos mineros de la época romana, en la Bética, en las minas de Río Tinto o Tharsis, hablando vascuence y metidos en venganzas son ya entes de razón para causar zozobra. Ésta "ópera vascongada", estrenada en su ciudad natal, fue un éxito doméstico: buena prueba de lo *shelebre* que era *Shafin* o *Cashcashuri*, como le apodaban sus íntimos.

Carmen Nessi Goñi había nacido en Madrid, en una casa de la plaza de los Afligidos. Hija de Querubín Cosme Nessi Arrola y de Gertrudis de Goñi Alzate. Era vasca en esencia, aun contando con un antepasado italiano, de Como: su abuelo paterno. Mujer de carácter, envuelta en cierto puritanismo un tanto pesimista. Para ella lo primero eran los críos. Luego venían los demás seres humanos a una distancia considerable, por lo menos en la vida práctica. A su única hija la trataba con mayor distancia que a los varones: éstos eran más que las mujeres siempre, para aquella señora chapada a la antigua. El amor rayano en idolatría que tenía por su progenitora y el haber vivido juntos hasta que expiró, hicieron que en la vejez el benjamín y ella se sintieran más unidos que antes. Hablaba con el acento propio de las donostiarras, que se distinguía por una pronunciación particular de la ese.

Contrajo matrimonio cuando contaba dieciséis años, llevándole nueve su marido. Eran finas su silueta y su rostro, con un palmito de estampa italiana. Su contemplación sugería la idea de un tipo de mujer protestante. Abrigaba la convicción de que la vida es "algo serio", plagada de deberes y de escasa alegría. Bregaba y hacía trabajar a cuan-

(22) LA-LA-LA... LA-LA-SI... SI-DO-RE-RE-LA *La marcha de San Sebastián* que hizo inmortal a Raimundo Sarriegui se estrenó en 1861. La letra corrió a cargo de Serafín Baroja. Los músicos Echegaray y Santesteban, maestro de Sarriegui, se habían encargado de poner música a la fiesta en los años anteriores a que nacieran Tatiago, la Polka y otras melodías consustanciales a la tamborrada donostiarra.

tos estaban en su entorno. Era querida de la gente y, sobre todo, de las personas humildes. Las criadas, los obreros, los pequeños proveedores, todas aquellas gentes relacionadas con el servicio de la casa, que habían entrado una vez en ella, la tomaban incondicional devoción y la llamaban respetuosamente señora. No tenía gran empaque, pero sí ese don de dominio suave, aunque circunspecto.

Trabajó sin salir apenas de casa, sin acudir a paseos o a teatros, acostándose tarde y levantándose temprano. Murió en Bera, el 8 de septiembre de 1935, meses después del ingreso de su hijo en la Academia, contaba ochenta y cuatro años. A Pío le tuvo siempre como un anexo. Allá donde ella fuera estimaba que debía acompañarla. Después de los matrimonios de Carmen con Rafael Caro Raggio (1913) y de Ricardo con Carmen Monné (1919), mitigado el recuerdo de la muerte de su hijo Dario (1894), este hijo inseparable canalizó sus principales atenciones. No era fácil adivinar observándola si era profundamente religiosa. En cambio, su idea del deber cumplido con una suavidad que jamás desfallecía, la aureolaba.

Sabemos que Pío cuidó a su madre en la enfermedad con inquietud y mimo. "Antes de echar el láudano, se ponía las gafas, tomaba el vaso con el agua y gota a gota iba contando. Para hacer esto siempre tomaba un aire serio y se veía que daba importancia a sus pequeños y grandes acontecimientos medicinales." La muerte de doña Carmen fue un mazazo. Este hecho hizo que se acercara más hacia su hermana y hacia sus sobrinos, y años después esa misma actitud que tomaba al cuidar a su progenitora surgió cuando "alguno de nosotros se ponía enfermo y nos tomaba el pulso o miraba el termómetro, siempre poniéndose las gafas y acercándose a una ventana para ver mejor."

Doña Carmen se conservó bien hasta edad provecta. "De cabeza regía perfectamente, se cuidaba mucho, sobre todo del frío." Pío y el médico Muñagorri la recetaban y administraban medicamentos. Cuando llegaba el verano y se instalaba en Bera, se quedaban algo más tranquilos, pero cuando en otoño regresaba a Madrid, "nos echábamos a temblar esperando siempre que ocurriera una catástrofe." En los últimos meses no fue vida normal la suya; padecía sufrimientos varios, malestar casi continuo, debido a una arterioesclerosis, y este mismo malestar la hacía indiferente a cuanto lo que pasaba a su alrededor.

CIUDAD DE FORASTEROS Y FONDISTAS

San Sebastián, en agosto de 1813, ocupada por las tropas napoleónicas, quedó arrasada tras el asalto "liberador" del ejercito anglo-luso. Tuvo pues que iniciar su reconstrucción casi desde cero. Sólo cinco décadas más tarde, sus habitantes pudieron asistir al acto protocolario del inicio del derribo de sus murallas, que iba a permitir, en los años siguientes, la construcción de su primer ensanche. Algo que venía solicitándose con insistencia, dado que la presencia del recinto amurallado y la prohibición de edificar viviendas en su perímetro exterior

estaba provocando serios problemas de hacinamiento. La ciudad crecía y las murallas eran una rémora.

Cabe deducir que, en el transcurso del siglo, Donostia, que estaba inmersa desde finales del XVIII en una crisis económica, no sólo consiguió recuperarse y reconstruirse, sino que inició un rápido crecimiento y un fuerte despegue que es el que explicaría esa necesidad de derribar sus murallas. Son unos años determinantes para entender los orígenes de esa población que surgirá tras la construcción de su ensanche. Los factores que facilitaron su prosperidad y su crecimiento demográfico, las características que van a configurar su estructura social, las nuevas señas de identidad y otras cuestiones relacionadas se escapan a nuestros propósitos.

Gustavo de Maeztu, tan pagado de su rebeldía, "como queriendo ocultar un pasado vergonzoso" (23), se sonrojaba un tanto de haber nacido en la capital alavesa e ingenió la inocente disculpa, para que no dudasen sus amigos, que no era de Vitoria, sino de la localidad navarra de Marañón. Baroja pudo haber fabulado que dio sus primeros pasos en el barrio de Alzate; pero, pronto, se supo que vino al mundo en San Sebastián, un 28 de diciembre de 1872, en la calle dedicada al almirante Oquendo que pertenecía a su abuela paterna, y estaba ubicada enfrente del mar de sus mejores narraciones. "Hubiera preferido nacer en un pueblo entre montes o en una pequeña villa costeña que no en una ciudad de forasteros y de fondistas".

Uno de sus primeros recuerdos es el intento de bombardeo de la ciudad por los carlistas. Esta remembranza se presenta un tanto borrosa, y lo poco visto por Pío se mezcla con lo narrado por otras personas (24). Conservaba una idea confusa de los soldados en camilla y de haber mirado por encima de las tapias de un cementerio pequeño, próximo, en donde había cadáveres sin enterrar con uniformes harapientos. Durante la guerra los Baroja ocuparon un chalé de la Concha. Los niños jugaban en el jardín y pasaban de unas propiedades a otras, porque las granadas habían reventado los muros intermedios y habían dejado entre ellos un paso franco... Luego se mudaron a la calle del Poyuelo; más aburrida para los chicos, porque estaba en el interior de la población.

Seguían en la calle del Poyuelo cuando hizo su entrada el rey Alfonso XII. Pío acudió al bulevar, y estuvo en el mirador de la casa de unos conocidos. Mucha gente mostraba entusiasmo, especialmente las mujeres, que agitaban los pañuelos y daban vítores. De algunas

(23) AGUIRRE, Estanislao María de. *Gustavo de Maeztu*. Bilbao, El Tilo, 1993, p. 53.

(24) Cuando alguien recuerda su infancia, cuando escribe lo que su remembranza le dicta; cuando un lector lee esa memoria con forma y la hace suya, cuando uno visita esta ciudad, esta narración, lo que experimenta es nostalgia. Puesto a recordar, un autor advierte, además, que el pueblo de su niñez, el relato de sus primeros años, recorrido igual que la brisa por la nostalgia, es inagotable. Sus calles no terminan y adquieren aspectos insospechados, sus casas, sus parques, sus gentes: rumores, sabores, olores, sombras...

escenas tenía una idea medio literaria, por haber contemplado láminas en revistas ilustradas y haber escuchado conversaciones. Meses después, en el piso de arriba de su vivienda se desarrolló un drama que quedó truncado. El matrimonio Erkizia comenzó a tener síntomas de envenenamiento. Se hicieron cábalas acerca de cuál podía ser la causa de su perturbación. Les asistía una mujer viuda. Se sospechó de ella. Un día se presentaron dos policías para investigar, se escondieron en un armario, y la vieron entrar en la cocina y echar sospechosos polvos en la chocolatera. Se armó gran barullo.

Otra de las impresiones grabadas en su memoria era la Nochebuena. Don Serafín montaba un nacimiento con figuritas de papel, que a él le agradaban mucho más que las de barro. En medio de la decoración, y colgando de un cielo azul con estrellas, se balanceaba un angelito con una bandera blanca. Esa noche mágica solían llegar los caseros de los alrededores. Y cantaban villancicos en lengua vasca, acompañándose de panderos y tambores en las escaleras. Algunas de estas melodías todavía, al oírlas de mayor, le hacían saltar lágrimas. Al final de sus actuaciones, los aldeanos, si recibían propina, comparaban a la dueña de la casa con la Virgen, y si no se la daban, decían que era una vieja bruja.

Doña Carmen les contaba cuentos que los volvían tarumba: *Pulgarcito*, *La Cenicienta, El gato con botas*, y algunos tradicionales, el de *Onentzaro*, *Neskane zikin* (*La chica sucia*), etc. Su tía Césarea Goñi y su abuela explicaban que otrora solía presentarse en las casas una vieja algo chiflada, vestida con una falda de flores y una cofia blanca. Esta señora, a la que llamaban *Kuriki*, armaba un nacimiento sobre una mesa, llevaba una varita en la mano para mostrar las figuras y una pandereta para acompañarle cuando cantaban villancicos... La criada les decía también que a los chicos desaseados, que no se lavaban ni se peinaban y llegaban a tener piojos, los llevaban a la playa de Zuriola, les hacían una cuerda con el pelo y *Onentzaro* los arrastraba hacia las entrañas marinas.

De chicos, los tres hermanos (otro, César, murió párvulo) acudían con frecuencia al hogar de su tía, un tanto remilgada e imaginativa, en la calle del Ángel. La vivienda disponía de balcones al muelle. Allí, mientras veían maniobrar vapores modernos, goletas francesas y bergantines noruegos, con una tripulación de marineros blondos, interrumpían las observaciones para escuchar un relato tenebroso de la soltera; seguramente entresacado de *Los misterios de París*, de *El judío errante* o de *El conde de Montecristo*.

Algunos domingos acudían al paseo de los Curas. Una explanada del castillo y su rincón favorito. Tenía una pequeña muralla y dominaba el muelle y la mar. Luego subían a contemplar los cañones de la batería de las Damas y la cárcel del Macho. Allí había una pequeña guarnición de tropa y un retén de soldados. Hablaban con ellos, y les daban gorriones, que llevaban a casa. Por esa época comenzaron los tres hermanos a ir a la escuela de la calle del Campanario. El maestro era un tal Sánchez Calleja, demasiado aficionado de la educación a

golpes de puntero y devoto de "la letra con sangre entra". Al parecer era un colegio de cierto tono, y los chicos de las escuelas públicas llamaban a sus alumnos los *tirillas*. El don dijo un día, a modo de pronóstico, refriéndose a Pío:

-Este va a ser tan cazurro como su hermano.

Era demasiado crío para corretear por el puerto, subir a las gabarras y a los lanchones. Sin embargo, entraba en los barcos con los compañeros de clase, jugaba en la playa de la Concha, haciendo estanques en la arena, y le gustaba enterrar chucherías en cualquier agujero y comprobar días después si todavía seguían allí. También solían enredar en un almacén de la plaza de Lasala, en donde había sacos de azúcar a puñados o, por lo menos, se hacían esa ilusión.

Siempre se supo guipuzcoano y donostiarra. Lo primero le agradaba bastante, lo segundo menos. Sus escritos, a veces corrosivos, que elabora sobre su ciudad natal, están dirigidos contra aquella Bella Easo de tarjeta postal y cartón piedra, cosmopolita de baratillo e impersonal. Tan distinta de nuestros días. En Donostia imaginó sus primeras aventuras y rompió los primeros pantalones. No sentía "gran entusiasmo" por aquella localidad que tan poco se parece a la actual *Sansestabien*, donde se puede comer mejor, disfrutar de sus bellezas y de sus gentes. En el museo de San Telmo, a la hora de dedicarle una escultura en granito de Victorio Macho, se desnuda nuestro personaje:

> Si se borrara mi recuerdo y el busto persistiese en su sitio, [quisiera] que la gente que le contemplara en el porvenir supiera que el que sirvió de modelo a esta estatua era un hombre que tenía el entusiasmo por la verdad, el odio por la hipocresía y la mentira, y que, aunque dijeran lo contrario en su tiempo, era un vasco que amaba entrañablemente a su país.

UNA BIOGRAFÍA PENDIENTE

Baroja se encargó de consignar para la posteridad los recuerdos y la imagen de sí mismo que más le convino en los volúmenes de sus memorias *Desde la última vuelta del camino* (1944-1948), recientemente reeditados junto al resto de su obra (Círculo de Lectores), amén del catálogo de filias y fobias que supusieron *Juventud, egolatría* (1917), del diario de un año *Las horas solitarias* (1918) o de las primeras páginas de *Ayer y hoy* y *Aquí París* (1998). Más allá de la glosa, algunos trabajos han profundizado en diversos aspectos de su tentativa autobiográfica, como la desconfianza del escritor hacia el proyecto o la coherencia de volúmenes tan heterogéneos. Recuerdos y libros testimoniales útiles —con escaso distanciamiento— para el estudio de la figura humana son también las *memorias familiares* de Julio Caro (1972 y 1997), o los recuerdos de Pío Caro —*La soledad de Pío Baroja*— (1953) y su *Itinerario sentimental (Guía de Itzea)* (1996), *La barca de Caronte* (1998). Además de las obras de sus hermanos

Ricardo (*Gente del 98*) y Carmen (*Recuerdos de una mujer de la generación del 98*).

Anterior a sus selectivas y maquilladas memorias fue la primera biografía de don Pío —tras el temprano opúsculo de García Sanchiz (1905) y la aproximación de Francisco Pina (1928)—, la de Miguel Pérez Ferrero (1940), con prólogo del mismo Baroja y epílogo de *Azorín*; hagiografía menor que en realidad casi forma parte de las anteriores, puesto que el libro se escribió tras "cerca de tres años de convivencia con Pío Baroja", de forma que recoge una relación de anécdotas y recuerdos entresacados de sus conversaciones (el propio novelista declara que "la versión de ellos de Ferrero es exacta y fiel y más literaria que la mía"). Otro caso de biografía dirigida —o, si se prefiere, autobiografía en tercera persona, con narrador intermediario—, que adelanta la ordenación más temática que cronológica de buena parte de sus *Memorias*, a donde fueron a parar análogos capítulos y episodios (familia, primeros años, estudios, la panadería; sus excursiones por la península y el viejo continente, colaboraciones en la prensa, mujeres y anarquistas, escritores, pintores y músicos, los libros y la crítica, etc.). Que el volumen tuvo éxito inmediato y ayudó a conformar la imagen convencional de Baroja lo confirma su segunda edición (1941) y su versión ampliada al poco de morir el novelista (1960), también reeditada (1972), con un capítulo más en torno a sus últimos años.

Otras aproximaciones biográficas provienen de escritores que también frecuentaron a Baroja, impresiones personales como las de Ramón Gómez de la Serna (1941, 1989), autor de un anecdótico *retrato en zapatillas* —"biografía veraz y pintoresca"— irritado y un punto despectivo, las conversaciones con el novelista de Benaudalla (1945), o el *Recuerdo* de Camilio J. Cela (1958). Laudatorias y necrológicas fueron también las aproximaciones de Gómez Santos (1956) o González Abril (1959). Distinta orientación tienen los ensayos de interpretación psicológica de Granjel (1953), más la colección de artículos sobre Baroja (1960) —personalidad médica, retrato onírico, recuerdos personales, cartas al autor— y de Criado de Miguel (1974) —*Personalidad*—, que no carecen de interés, casi siempre al margen del método. Aproximación divulgativa es la de Luis Antonio de Vega (1965).

Una biografía útil —pese a sus lagunas y errores— sigue siendo la de Juan Sebastián Arbó (1963,1969), deudora de Pérez Ferrero y de las memorias y recuerdos de los Baroja, que realiza una labor de ordenación de todos los materiales a su alcance y, dada la excusa convencional, trata de encontrar en su obra, contextualizada en su tiempo, "el secreto de su persona." Con todo, la pesada visión de la llamada "generación del 98" sobre la que descansa el libro lastra el valor actual de su contenido. Tras éste, sólo es digno de reseñar en torno a su centenario la monografía divulgativa, orientada principalmente al mundo anglosajón, de Beatrice Patt (1971). Recientemente la polémica biografía "no autorizada" de Eduardo Gil Bera (2001) y las enjundiosas

aportaciones de Andrés Trapiello o Miguel Sanchez-Ostiz. Así como los testimonios de sus contemporáneos: Alaiz, Azorín, Benet, Bueno, Carabias, Castillo Puche, Cela, González Ruano, Manso de Zúñiga, Marañón, Ortega y Gasset, Salaverría... (25)

(25) Martínez Salazar, Ángel. *El Señor de Itzea. Notas para una geografía Barojiana.* Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. En prensa.

ESTUDIOS ALA VESES

Alfredo ORIBE FERNÁNDEZ. Aiarako herrien etimologiak. (Pág. 159)

Fernando R. BARTOLOMÉ GARCÍA. La Cofradía de la Esclavitud en Santa María de Salvatierra. Su retablo, pinturas y otros ornamentos. (Pág. 185)

Aiarako herrien etimologiak

ALFREDO ORIBE FERNÁNDEZ*

SARRERA

Lan honetan Arabako eskualdea den Aiarako herri izenen etimologiak izango dira aztergai. Lurralde hau interesgarria da hizkuntzen eragina toponimoetan arakatzeko: hizkuntza ukipeneko eremua da Aiarako lurraldea, sortaldetik euskara (1) eta mendebaletik gaztelania. Denboran atzera joanez, agian leku honetan hizkuntza bi baino gehiago egongo ziren.

Hizkuntzak etorri eta joaten dira beren oroitzapena galtzeraino, baina toponimian aspaldiko garaien isla dugu, zaharra eta berria uztartzen dira, jasotzen den aldaketa gizakion ahoan baino motelagoa izaten baita. Hori da leku izenen ikerketak dakarren alderdi garrantzizkoa, ez da soilik herri bakoitzeko izenak zer esanahi duen, horren atzean hizkuntza bat zegoen, gizarte bat eta horiek ezagutzeko toponimia lanabes baliogarria dugu.

Aiarako eskualdea Euskal Herrian dago eta Gaztelaren mugan kokatuta, haien bi hizkuntzek eragina dute lan honetako etimologietan, baita egon zirenena ere.

Aiara, Arabako eskualdeetariko bat da, eta probintziaren ipar-mendebalean dago. Iparraldean Bizkaiko Enkartazioak, sortaldean Orozkoko haran handia, hegoaldean Araba, Bizkaia (Urduña) eta Burgosko lurraldeak daude eta mendebalean Burgosko probintzia.

Aiarako eskualdea bost udalerritan banatuta dago: Aiara, Amurrio, Artziniega, Laudio eta Okondo. Udalerri bakoitzean zenbait herrigune daude, gehienak oso txikiak, herrixkak dira. Herriak eta herrigune-ak kontuan hartu dira lana egiteko. Hauek toponimia nagusikoak dira; baina ez dira sartu ibai eta mendi izenak, eta toponimia txikia alboratu da: baserriak, bideak, errekak... Lanaren luzera mugatua da, ez

* "Sancho el Sabio Fundazioa"
III. Unibertsitate mailako ikerketa lehiaketaren irabazlea (2000)

(1) Aiarako euskararen historiaz ikus Bar(renengoa)I 24-38 orr. Eta Arabako euskararen gaineko informazioa H. Knörr-en *Lo que hay que saber de la lengua vasca en Álava. Arabako euskarari buruz jakin behar dena*, Gasteiz, 1998.